

V

UNAMUNO EN VERSO

Por lo menos á su parecer, es el Rector de Salamanca un hombre de esos á quienes nada se les resiste, de esos que, teniendo aptitudes maravillosas para todo, lo mismo disputan de triángulos que de corcheas, con la misma facilidad hablan de Teología que de arte culinaria; tanto les da escribir ó hablar en su idioma, como en el extraño; igual se expresan en verso que en prosa...

Bueno; esto último es verdad respecto de Unamuno, porque tan mal escribe en prosa como en verso.

En prosa ya saben ustedes cómo lo hace: ya han visto ustedes y no olvidarán la sintaxis unamunil y disparatada del famoso prólogo, especialmente lo de «*ni que logran vencerme*» y lo de «*fuime á contemplar campo abierto al cielo...*»

Pues en verso... ¡ah, en verso!...

Decía en cierta ocasión un amigo á otro que le pedía informes del novio de su hija:

—No es mal muchacho, pero tiene un defecto bastante grave, y es que no sabe jugar á ningún juego...

—¡Hombre!—le dijo el padre de la muchacha.—Eso no me parece defecto.

—Espérate un poco, que no había concluído—repuso el otro.—Es que no sabe jugar y... juega.

Una cosa así le pasa á Unamuno. No sabe hacer versos, lo cual, por sí sólo, no sería un defecto sustancial; pero lo malo es que no los sabe hacer, y los hace.

Verdad es que no tiene él toda la culpa...

El pobre Clarín, que era muy burlón, y que fué quien á don Federico Balart le metió en la cabeza que era más poeta que crítico, entusiasmándole y decidiéndole con eso á abandonar la crítica y á darnos aquellas latas insufribles de malos versos, con sus *Horizontes* y sus *Dolores*... verdaderos dolores para la poesía, hizo con el bueno del Rector una cosa semejante.

Al dar, en la terminación de una revista literaria, la noticia de que Unamuno había traducido no sé qué cosa en verso, añadía:

«Y ¿querrán ustedes creer que está bastante bien?»

Claro que esto, bien leído, quería decir: la traducción es mala; pero, vamos... para ser

de Unamuno... Mucho peor me figuraba yo que estaría.

Mas el interesado no lo entendió así, sino literalmente; y, animado con aquella alabanza, se ha echado á hacer versos y se ha atrevido á empresas mayores.

Pero mucho mayores.

Él había oído decir que Cervantes acabó con los libros de caballería burlándose de ellos en otro libro de caballería más exagerado y con aventuras más disparatadas y más ridículas que todos los demás, el *Quijote*, y ha querido hacer otra hazaña por el estilo, ha querido acabar con la forma poética burlándose de ella en un soneto.

Porque han de saber ustedes que Unamuno es enemigo de la forma poética...

Como del vascuence y del castellano, y de todo lo que no puede dominar, de todo lo que es superior á sus facultades, que no son muy altas.

Bueno; pues, como iba diciendo á ustedes, Unamuno hizo el año pasado un soneto pedestre titulado *La Rima* (que *El Imparcial* tuvo la osadía y el mal gusto de publicar en su almanaque), para acabar con la rima, para matar la forma poética...

Y el caso es que por poco no se sale con la suya.

Pero, el pobre, no tomó todas las medidas y precauciones necesarias al efecto; vamos, que

no midió sus fuerzas como aconseja Horacio, y no pudo evitar que los lectores de su soneto detestable hubieran leído antes otros sonetos buenos, ó los hayan leído después; y, naturalmente, hayan podido decirle:

«Mire usted, hombre, ó Rector, si usted quiere, ya que también lo quiso un gobierno atollondrado; mire usted, si toda la rima fuera como la de usted, y todos los sonetos como el suyo, habría que renegar de los sonetos y de la rima, porque, á la verdad, el soneto de usted es cosa tonta y desagradable; pero amigo, hay rimas muy dulces y sonetos muy hermosos, á los cuales no se parece el de usted sino como el áspero guarrear de un cuervo al dulce canto de un ruiseñor, ó como el gruñir de un animalito de la vista baja á una sinfonía de Bethoven. De manera que de su soneto lo que se puede sacar en consecuencia no es que la forma poética deba desaparecer, ni que los sonetos sean cosa despreciable, sino que usted es un desdichado intruso á quien no le llama Dios por ese camino.

Y que ha perdido usted el tiempo lastimosamente.

Por no haber comprendido que, para hacer lo que hizo Cervantes, se necesita hacerlo como lo hizo Cervantes.

Ó como lo hizo Espronceda, que también se propuso desterrar las descripciones largas por el mismo procedimiento.

Y ¿sabe usted cómo lo hizo? Escribiendo aquella hermosa descripción de la mañana, que empieza:

Rizados copos de nevada espuma
Forma el arroyo que jugando salta...;
Ricos paisajes de vistosa pluma
En campos de aire el pajarillo esmalta
Alzase lejos nebulosa bruma,
De sombras rica, si de luces falta,
Y el verde prado y el lejano monte
Muro y término son del horizonte...;

pintando admirablemente cómo

Allá en la enhiesta vaporosa cumbre
Su manto en el Oriente el alba tiende,
Y blanca y pura y regalada lumbre
De su frente de nácares desprende...
Cándida silfa á su fugaz vislumbre
El aire en torno sonrosado enciende;
Y en su fuente la ondina voluptuosa
Se mece al son del agua armoniosa...;

y cómo

Del hondo mar sobre la rubia espalda
Ráfagas dando de su luz divina,
Mécese el sol en lechos de esmeralda;
La niebla á trozos quiebra y la ilumina
Del tenso azul por la tendida falda...

y cómo

Las rosas sobre el tallo se levantan
Coronadas de gotas de rocío..., etc.

Y después de haber escrito cinco octavas

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO RIVERO"
1928 MAR 10

reales de las mejores que se han hecho en castellano, animadas, cadenciosas, robustas, cuajadas de imágenes bellas, palpitantes de vida y de verdad, con aquella lujosa dicción poética en que él y Zorrilla han aventajado á todos los poetas del mundo; después de haber hecho aquella inimitable descripción del amanecer, se burló de ella añadiendo en la octava siguiente:

Y resonando... etcétera; que creo
Basta para decir que ha amanecido,
Y tanta frase inútil y rodeo
A mí corto entender no es más que ruido;
Pero también á mí me entra el deseo
De echarla de poeta, y el oído,
Palabra tras palabra colocada,
Con versos regalar sin decir nada.

Así se hacen las cosas, pobre Unamuno.

Pero usted... pretendía burlarse de la rima con un soneto, y en lugar de hacer el mejor soneto de los conocidos, ha hecho usted el peor de todos los que se han escrito en el mundo.

Sí, el peor... A lo menos yo no recuerdo haber leído ninguno tan malo...

... Y eso que he leído los del Marqués de Cerralvo... y los de Carulla...

En fin, para que mis lectores no crean que exagero, se le voy á presentar aquí, porque entre amigos, con verlo basta.

Empieza así el soneto de Unamuno:

LA RIMA

Macizas ruedas en pesado carro
Al eje *fixas*, rechinante *rima*;
¡Con qué trabajo subes á la cima
Si *al piso* se te pone algún guijarro!

Es imposible, como ustedes ven, que haya nada más pedestre, ni más desgraciado, ni más prosaico, ni más pobre.

Aparte de que, descendiendo á detalles, en el primer período, en los dos primeros versos, no hay verbo, y no se sabe cómo puede ligar aquello de las «macizas ruedas en pesado carro al eje *fixas*» con la «rechinante *rima*».

Como no sea que el Rector quiera que «rechinante *rima*» sea repetición sinónima ó equivalente de lo de atrás, y que todo ello, los dos versos enteros, sean el nominativo de la oración siguiente, del verso *subes*... Pero si el *subes* puede referirse á «rechinante *rima*», no puede referirse á «macizas ruedas»... sin hacer mala concordancia.

¡Ni *sintaxis*, hombre, ni *sintaxis*!...

¡Y Rector de la Universidad de Salamanca!...

Bien que ese desconcierto confuso de los versos del Rector será acaso la *sintaxis* libre del *super-castellano* por que suspira Unamuno en su rabieta, porque no ha podido aprender el castellano corriente...

Y luego en el segundo verso son asonantes los dos hemitiquíos, *fixas* y *rima*, cosa muy fea.

Y luego lo de ponerse *al piso*...

¡Con qué trabajo subes á la cima
Si al piso se te pone algún guijarro!

¡Con qué trabajo sí que rima el pobre Unamuno, sin que logre subir á otra cima que á la del ridículo, por ponerse *al piso* á cada paso los guijarros de su mal oído y de su mala sintaxis!

Allá va el segundo golpe:

Al tosco buey, que no al corcel bizarro
El peso *bruto* de tu lanza oprima;
Pues al buey sólo tu chirrido anima
Cuando *en piedras* te atascas ó *en el barro*.

¡Pobre Unamuno! ¡Él sí que se atasca en las piedras de sus majaderías, ó *en piedras*, como él dice, y en el barro de su prosaísmo, por la necia presunción de ponerse á hacer lo que no sabe, por la osadía de acometer empresas para las que no tiene disposición ni luces!

¿No habrá leído aquello de Iriarte, citando á Horacio:

Que á un autor da por gran yerro
Cargar con lo que después
No podrá llevar, esto es,
¿Que no ande la noria el perro?

¿Por qué se habrá querido meter, no siendo en letras más que un pobre perro guto, á voltear la noria magna del soneto?

Que se vuelva le aconsejo
A voltear su asador...

le dice Iriarte.

Esto es, que se vuelva á la cocina del presupuesto á comerse tranquilamente su nómina y deje en paz á la poesía, para la que su prosaica rudeza nativa le hace del todo refractario.

¡Cuando en piedras te atascas ó en el barro!

¿Por qué una atascadura ha de ser sin artículo y otra con él? Si *en piedras*, ¿por qué no *en barro*? Y si *en el barro*, ¿por qué no *en las piedras*?

¡Y quien tan imperfectamente maneja el idioma se atreve á hacer sonetos!

Bien lo dice el refrán, que no hay cosa más atrevida que la ignorancia.

Veán ustedes ahora los tercetos, que también son cosa de gusto...

Mas en tanto no quede sin *maraña*
La selva toda, como el mar, camino...

¿Qué querrá decir el Rector con esto?... «Sin *maraña*, la selva toda, como el mar, camino...»

También esto debe de ser un anticipo del *super-castellano* que echa de menos Unamuno.

¡Infeliz! No sabe hacer otro uso del castellano actual sino decir «*en tanto no quede sin maraña la selva toda, como el mar, camino*», ó decir «fuíme á contemplar campo abierto al cielo y por la luz de este bañado paisaje libre...» «*iba delante mio*», «*ni que logra vencerme*», con otros análogos disparates y encuentra el castellano deficiente.

¡Yo lo creo! Si no diera el castellano más de

sí que *lo que le hace* dar un vizcaíno enfatuado, ciertamente, sería deficientísimo.

Pero, en realidad, lo deficiente no es el castellano, sino el entendimiento de Unamuno.

Mas, en tanto, no quede sin *maraña*
la selva toda, como el mar, camino;
tira, noble corcel, de ese *armatoste*...

Pero ¿no decía usted que de *ese armatoste*, del *armatoste* de las macizas ruedas en pesado carro al eje fijas... no tiraba el corcel bizarro, sino el buey tosco? ¿por qué ahora se vuelve usted atrás de lo dicho y manda al noble corcel que tire?

No da usted pie con bola.

Y no sólo falta radicalmente en su soneto la poesía, sino que ni aun sentido común tiene siquiera:

Mas, en tanto, no quede sin *maraña*
la selva toda, como el mar, camino;
tira, noble corcel, de ese *armatoste*,
pues más te vale la coyunda *extraña*.
(¿Por qué *extraña*?... ¡Ya sé! por la *maraña*.)
—Ya que *no es aún* la libertad tu sino—
que estarte en el establo atado á un poste.

Pues lo contrario le digo yo á usted: más le valdría estar atado á un poste, si no en el establo, en el portal de la Universidad, que tirar del *armatoste* de hacer sonetos.

•Ya que *no es aún* la libertad tu sino...•
¡Vaya un hermoso verso... vizcaíno!

¡Y con un soneto así, tan malo y tan lleno de disparates, quería este pedazo de... Rector poner en ridículo la rima!...

¡Vamos, hombre! Cállate y déjanos en paz, que tú sólo eres quien quedas en ridículo.

Y, tercetos por tercetos, escucha:

Mas en tanto te dura la *cucaña*,
engorda de la vida en el camino,
y no tires, Miguel, de ese *armatoste*:
más te vale meterte en tu cabaña;
y ya que la impiedad te dió el destino,
gózale sin decir oste ni moste.

VI

OTRO POCO DE UNAMUNO

I

Entre los recortes que conservo con *cosas* del famoso Rector de Salamanca, está un artículo titulado *Hay que hacerse niño*.

¡Qué artículo!

Cerca de dos columnas de disparates.

Hay que hacerse niño, dice el Rector, comenzando á faltar á la gramática desde el título.

Porque lo que él quiere decir es que hay que hacerse *niños*, pues se dirige á todos los españoles, que claro es que no pueden de ninguna manera hacerse *niño*, sino *niños*.

Después... en la primera parte del artículo el Rector pretende cultivar el chiste; ya supondrán ustedes que con mala suerte; y no se equivocan. Ni podía suceder de otra manera, dada su natural tosquedad y sosura.

Verdad es que también el oso baila, y hace reír, si á mano viene; pero así en el ejercicio coreográfico del egregio plantígrado, como en

los ejercicios literarios del no menos egregio Rector, cuando la gente suelta la risa, se ríe del gracioso, no de la gracia.

¡Con decir que empieza queriendo burlarse del parlamentarismo, que ya nadie toma en serio, y ni aun para eso tiene habilidad!... ¡ni aun contra el parlamentarismo le resultan graciosas las burlas!

Contra quien resulta todo es contra el castellano y contra el buen sentido.

Dice Unamuno que fué á celebrar una entrevista con Gedeón, y después de referir de ella algunos detalles sin sustancia, cuenta cómo salió de su casa, diciendo:

«Cuando salí de su casa iba por el paseo *delante mío*...»

No se dice así, grandísimo... Rector. *Delante de mí*, es como se dice. *Delante mío* es un disparate.

¿Para eso quiere usted deshacer el castellano actual y hacer el *super-castellano*?

¿Cree usted que estará justificada la reforma, ó el descoyuntamiento, ó el destrozo del castellano, por ese sólo motivo, porque usted no sepa decir *delante de mí*, dando á ese adverbio de lugar la construcción que le corresponde?...

Más sencillo es, y mucho más justo, que aprenda usted á decir bien ó se calle, que no que pretenda obligarnos á todos á decir disparatamente.

¡Vaya, que tendría que ver el *sobre-castellano* ese que usted formara!

Sería parecido al *sobre-ruso* que formara yo, que sé el mismo ruso que doña Emilia Pardo, autora de *La novela en Rusia...*; vamos, que no sé una palabra de ruso.

¡Delante *mío*! ¿No sabe usted que *delante* es un adverbio, y no puede concertarse con él un adjetivo ni un pronombre?

Así también dirá usted en su *sobre-castellano*: *encima tuyo*.

Y, en cambio, puede ser que sea usted capaz de decir, como las cubanas: Aquél es primo *de nosotras*.

Porque eso es lo que suelen hacer ustedes, los reformadores de lo que no entienden...

Cuando pitos, flautas;
cuando flautas, pitos.

«Cuando salí de su casa iba por el paseo *delante mío* un niño como de unos seis años, y de pronto, sin que yo viese el motivo (los motivos, generalmente, no se ven), *dió* «una pirueta el niño...»

Bueno; las piruetas, por lo regular, no se *dan*, se *hacen*, lo mismo acá que en Francia, de donde nos vinieron. Pero al Rector de Salamanca, que ya en otras ocasiones me ha parecido algo pariente de doña Emilia, se conoce que le encanta, igual que á ella, decir las cosas al revés de como las decimos los demás, y

le ha parecido mejor decir que «dió una pirueta el niño.»

Añadiendo:

«Y yo, que sentía unas ansias locas de *dar* otra pirueta, tuve que contenerme, porque me tienen por persona formal (¿está usted seguro?) y no puedo ser niño ni *dar* piruetas cuando *me entre* en ganas». Pero puede usted escribir disparates y tonterías, como hace ahora, y váyase lo uno por lo otro.

¿Ustedes creen que todo esto que dice aquí el Rector, en mal castellano, será verdad?... Yo creo que no; que nunca tuvo esas *ansias locas* de *dar* piruetas, como él dice; sino que lo escribe para que le salga el argumento.

Que tampoco sale.

¿Cómo ha de salir, si el supuesto es completamente falso?

Figúrense ustedes que el Rector supone que España está perdida, no por haber entregado sus cátedras á los krausistas y positivistas ateos, como es la verdad, sino porque los españoles somos demasiados serios...

¡Afirmación más reñida con la verdad!

¡Cuando precisamente los hombres serios, en el buen sentido de la palabra, van escaseando tanto, que nadie piensa más que en divertirse!

Y si no que lo diga la prosperidad de los teatrillos por horas y de los *cines*...

Y en cuanto á los hombres *serios* con letra

bastardilla, también han sido aquí siempre muy contados afortunadamente. Espartero, el Marqués de Pidal, Azcárraga, Damián Isern, Unamuno... y casi, casi, pare usted de contar.

Tras de la majadería unamunil de que el daño de nuestra Patria está en la demasiada seriedad de los españoles, viene la de señalar el origen de nuestra seriedad nada menos que en los moros, que son más alegres que unas castañuelas.

Pues nada, por el afán de decirlo todo al revés, dice que nuestra gravedad es una *gravedad moruna*.

Y todavía insiste mucho sobre lo mismo, diciendo más abajo: «Somos por lo común estúpidamente graves, ó, si queréis, gravemente estúpidos».

Lo mismo nos da de un modo que de otro y de ambos nos parece bien, con tal que sustituya usted el plural por el singular y lo diga sólo de sí mismo.

De esa manera no habrá quien proteste y todo el mundo lo encontrará bien, ó se encogerá de hombros dando á entender: Cuando él lo dice...

Ahora que, aplicado eso á la generalidad de los españoles, no es más que una simple tontería.

Después la emprende con furia contra las corridas de toros. No podía menos. Precisamente la clásica fiesta española viene á ser la

pieza de toque donde se descubren en seguida los talentos mediocres y las ilustraciones superficiales.

No hay más que oír á uno despuntar contra las corridas de toros, para sospechar que es un tonto, ni hace falta más que oírle hablar cinco minutos, para que lo compruebe diciendo cincuenta tonterías.

Al Rector le parecen las corridas demasiado serias. ¡Qué barbaridad! ¡Cuando es allí alegría todo! Le parecerá más alegre el pugilato...

Y después de escribir un párrafo largo y malo de tauromaquia, dice muy formal:

«Advierto al lector que puede *aquí* escapárseme algún dislate.»

¿Ahí no más? ¿Y no más que alguno? ¡Qué modestia! ¡Pues sí *ahí* y en cualquier otro asunto casi no sabe usted decir otra cosa!

Y luego da la razón de su ignorancia en tauromaquia, añadiendo:

«Pues en mi vida me he *degradado* á aprender el tecnicismo taurómico.»

Otra tontería bien grande.

Pues si eso fuera degradación, ¿qué sería negar á Dios y negar la existencia del alma, teniendo que aprender antes para ello el ridículo tecnicismo krausista?

II

Pero en el mundo hay más, como dijo el otro.

Y en el artículo de Unamuno también.

Porque después de haber estado un buen rato el impávido Rector echando pestes contra las corridas de toros, contra la animada y alegre fiesta nacional, que él se empeña en decir que es insoportablemente seria, la emprende con los escritores festivos de por acá, los cuales también se le hacen insoportables, porque dice que son gravísimos en el fondo; aunque yo más bien creo que es porque no los ha leído, ó porque no los entiende.

Nada, que si fuéramos á creer á Unamuno, cosa que yo no haré ni aconsejaré á nadie, nos encontraríamos con que todos nuestros escritores festivos en verso y en prosa, sin excluir ni siquiera á Vital Aza, ni á Cavia, ni á Sinesio Delgado, ni á Pérez Zúñiga, ni á Tapia, ni al *Sastre del Campillo*, que viven, ni á Lafuente (*Fray Gerundio*), ni á Eduardo Palacio, ni á Taboada, que no viven ya, todos eran unos llorones inaguantables.

Tampoco hay —en concepto del impertérito é impertinente Rector de Salamanca,— tampoco hay aquí humoristas ni los ha habido nunca.

Por eso se lamenta él, con revesada frase, de

«la en España casi general incomprensión del humorismo».

De manera que si le hiciéramos caso, en lo cual ciertamente haríamos muy mal, tendríamos que creer que nadie, ni Eusebio Blasco, ni Narciso Serra, ni Campoamor, ni el mismo Espronceda, han sido escritores humoristas.

«Apenas se siente aquí—dice el Rector—más que la sátira, la burla enderezada á corregir tal ó cual vicio, la burla didáctica...»

Contra la cual está á matar, porque le pica.

Y añade esta barbaridad, entre paréntesis:

«*Ridendo corrigitur mores*».

¡Bien, hombre, bien!...

¿De modo que tampoco sabe usted latín?...

¡Está usted bueno!... Ni latín, ni vascuence, ni castellano, ni griego (¡y catedrático de la Facultad en que se estudian las lenguas!); porque tampoco sabe griego, y eso que es de lo que le hicieron catedrático... Y luego, como de todo lo que usted no sabe es usted enemigo, resulta que es usted enemigo de todas las lenguas, y por eso quiere usted destruirlas todas.

Ridendo corrigitur mores!

¡Y sin saber latín, y destrozando el latín de esa manera, es usted Rector de la antigua Universidad de Salamanca, donde hasta poco hace, hasta bien entrado el siglo XIX, se explicaban en latín todas las asignaturas!

¡Y seguirá usted ahí haciendo de Rector, de jefe y director de todos los estudios, incluso el

latín, necesitando como necesita usted ir á ponerse bajo la vara de un dómine por tres ó cuatro años...!

Ridendo corrigitur mores!...

Vamos, usted ha creído que el latín se construye así como el francés, y como usted y otros malos escritores quieren construir también el castellano...

«*Se oyó dos chupadas*, que á su cigarro dió el cura», como dijo una vez Urrecha.

Pues no, señor, ni en castellano ni en latín se construye así, sino concertando el verbo en número y persona con el objeto de la acción. Los franceses pueden decir como Pablo Bourget en *El discípulo*: «*On doit á M. Sixte quelques frases*», el verbo en singular y el objeto en plural; pero nosotros no podemos decir, v. g.: *se debe á Maura bastantes desaciertos*.

No porque no se le deban, sino porque hay que decir: *se deben á Maura*, esto es: *son debidos á Maura*.

Los franceses pueden decir: *On imagine les effets*; pero nosotros no podemos decir: *se imagina los efectos* sino, *se imaginan los efectos*, esto es: los efectos *son imaginados*.

Y lo mismo sucede en latín: tampoco se puede decir *corrigitur mores* (se *corrige* las costumbres), sino *corriguntur mores*, enténdalo usted bien, *corriguntur mores*, «se corrigen las costumbres», «las costumbres son corregidas».

Conque, no se le olvide á usted, no sea usted babieca. No se dice *Ridendo corrigitur mores*; se dice: *Ridendo corriguntur mores...*

A no ser que quiera usted hacer también un *sobre-latín*, para meter en él ese disparate y todos los demás que á usted se le vayan escapando cada día.

Si es eso, de ahí me vuelvo...

Pero el insólito é inconcomitante Rector sigue echándolo todo por tierra, incluso á Quevedo, de quien dice:

«Por lo que á Quevedo respecta, estoy con Maeztu (tal para cual); no logro tragar al grave satírico castellano.»

Naturalmente. Lo raro sería que á usted le gustara; porque desmentiría el refrán que dice que «no se hizo la miel para la boca del...», etcétera, ni la sátira fina para la inteligencia del... Rector de Salamanca.

¿Qué extraño es que á un hombre á quien no le gusta el castellano, ni el latín, ó que, hablando con toda claridad, no sabe latín ni castellano, ni otras muchas cosas; que á un hombre que en castellano dice: «*ni que logra convencerme*» y «*delante mío*», y en latín «*corrigitur mores*», qué extraño es que no le guste Quevedo?

«Le encuentro grave—dice—tiesamente grave, *anquilosado...*»

¡Efectivamente!... Trabajo costaría encontrar otro escritor de estilo más flexible...

Pero se conoce que eso de la *anquilosis* aplicada á la literatura lo aprendió el bueno de Unamuno en viernes, y no se le olvida...

Porque ya unas pocas líneas más arriba nos había dicho que la tiesura que él encuentra en los escritores españoles era «un síntoma de *anquilosis* espiritual», y todavía creo que ha de volver á *anquilosarse* antes de concluir el artículo.

Por de pronto, continúa poniendo al ilustre prisionero de San Marcos de León como digan dueñas.

¡Pobre Quevedo!... Declarado en contra suya Unamuno, con ó sin la ayuda de Maeztu (otro librepensador y libre-grecista (1) de primera), ¿qué va á quedar de su preclaro nombre ni de su universalísima fama?

Ni de la suya ni de la de nadie; porque á todos los príncipes de nuestra literatura trata el inverosímil Rector de Salamanca del mismo modo, sin perdonar tampoco á Cervantes más que á medias, y como á regaña-dientes.

«Y así (como Quevedo) en general tenemos escritores satíricos, á lo sumo festivos, no humoristas, si se exceptúa *acaso* á Cervantes, y éste á *ratos...*»

Ya lo ven ustedes. No se atreve Unamuno á

(1) Parece que creía, poco hace, que el *telegrama* se llamaba así por venir por el hilo, y porque *tele* en griego significaba *hilo*.

exceptuar de la granizada de desprecios que ha echado sobre Quevedo y sobre los demás escritores españoles en general, más que á Cervantes *acaso*, y de ser, sólo á ratos...

¡Qué tupé el de este hombre!

Más adelante vuelve á su tema de que hemos de ser niños y dice:

«¡Niños, sí, siempre niños! Niños, *que de los niños es el reino de los cielos*».

¡Ah! ¿Pero al cabo hay reino de los cielos?... Se lo pregunto á usted, porque el año pasado, en aquel discurso de apertura, cuyas impiedades, infladas por *El Liberal*, le valieron á usted el nombramiento de Rector, me parece que decía usted á los estudiantes que no creyeran en ningún dogma ni en nada que no les enseñase la experiencia... ¿Ha *experimentado* usted el reino de los cielos?...

Si es que se ha convertido usted y cree usted en El, yo me alegro mucho. Pero si no... la sinceridad es muy recomendable.

Y también es muy recomendable no aplicar los textos al revés.

Porque ha de entender usted que el reino de los cielos no es de los niños porque se reían sin saber de qué, y á lo bobo, y *sin fin moralizador*, como usted quiere que se reían los escritores; ni porque sin motivo *den* una piñeta, como usted dice, y como usted quiere que las *den* las personas formales, sino porque son inocentes, porque carecen de malicia.

Todavía sigue el Rector disparatando un buen trecho, diciendo: «el niño marca en nuestra ascensión al *sobre-hombre* (¡ya pareció otro *sobre!*) un punto más alto que el adulto».

De manera que, según el Rector Unamuno, primero hay que ser adulto y más tarde niño...

Después llama *¡desgraciados!*, así entre admiraciones, á los que celebramos *la sátira moralizadora de Quevedo*... Después habla de una tristeza *inlágime*. Después dice que «hay que sustituir con el culto al niño el acatamiento al anciano», que para él es una mala persona, y que «hay que acabar con esa *mentira* de que *los años den experiencia*...»

.....
¡Y para que escriba en *El Imparcial* todos estos desatinos, le tienen que pagar los pobres contribuyentes españoles el sueldo de Rector de Salamanca!

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO MEYES"
No. 1625 MONTERREY, MEXICO